

El legado de Fox



Alan Stoga

Presidente de Zemi
Communications,
www.zemi.com

HACE CUATRO AÑOS, VICENTE FOX ganó la presidencia de México tras un sorprendente vuelco del statu quo político del país. Su triunfo frente al PRI, después de 71 años de gobierno ininterrumpido, pareció posicionar a México para un nuevo capítulo de su desarrollo democrático, crecimiento económico y renovación nacional. La sabiduría convencional decía que la elección de Fox sería recordada no sólo como el fin de una etapa en la historia de México, sino como el comienzo de una nueva.

Pasados tres años y medio en la presidencia, sin embargo, muchos mexicanos miran con nostalgia los días en que los presidentes Adolfo López Mateos y Carlos Salinas gobernaban México con mano dura, aunque en una débil democracia. Aquellos mexicanos critican al gobierno de Fox por haber fallado en persuadir al Congreso de aprobar muchas de las reformas políticas y económicas necesarias, por el débil crecimiento, por la ausencia de un nuevo acuerdo de inmigración con EE.UU. y por los forcejeos entre políticos y partidos que parecen bloquear el progreso en casi cualquier tema. Estas críticas pintan un cuadro de un poder ejecutivo que ha finalizado su gobierno mucho antes de lo que termina su mandato y de un vacío de liderazgo presidencial que ha despertado una campaña electoral, aun a pesar de que la próxima elección presidencial se llevará a cabo en julio de 2006.

Es difícil hablar con un intelectual, periodista o político mexicano sin oír un sinfín de reclamos sobre el “fracaso” de la presidencia de Fox. Sin embargo, a pesar de todo ese ruido, las encuestas de opinión continúan registrando la aprobación del presidente muy por arriba del 50%. ¿Cómo puede el 100% de la elite y el 50% de la población llegar a conclusiones tan dispares?

Hay al menos dos respuestas a esta pregunta. La primera se refiere a las expectativas: la mayoría de los mexicanos no confían en los políticos ni en los gobiernos, por lo que no se sorprenden cuando los gobiernos fallan al cumplir sus promesas. La segunda tiene que ver con el legado que deja: la mayoría de los mexicanos ven el milagro de Fox de haber vencido al PRI como su herencia más importante. En otras palabras, no están sorprendidos de que Fox no haya conseguido mucho en su cargo, pero lo admiran de todas maneras, ya que pocos mexicanos creyeron que el PRI sería alguna vez desalo-

jado –ni siquiera temporalmente– de Los Pinos.

Está en la naturaleza de los presidentes de todos los países preocuparse por sus legados. Sin embargo, pocos tienen el lujo de hacer historia sólo por haber sido elegidos. Pero México merece más y el presidente Fox tiene otra oportunidad única que, si es bien manejada, podría impartir un legado aún más importante: una democracia real en funcionamiento.

Las elecciones mexicanas de 2006 serán únicas en la historia moderna del país. Será la primera vez que el elector común tendrá la certeza de que su voto será contado; la primera vez que tendrá la certeza de que el PRI no está predestinado a ganar, y la primera vez que las personalidades contarán más que los partidos para inclinar a los votantes. Fox podría también transformarse en el primer presidente en ejercicio que se excluye a sí mismo de la política partidista para, en su lugar, dirigir el proceso de manera de dar la mayor voz posible al mayor número de votantes y asegurar que el país sea gobernable después que los votos sean contados.

Esto requiere que Fox se lance en una campaña para convencer a los mexicanos de hacer lo que ellos creen imposible. En 2000 eso significaba elegir a un *outsider* que desafiaba a un PRI aferrado a la presidencia. Hoy esto significa unirse a Fox en la demanda para que los políticos cambien las reglas del juego –desde quién financia las campañas y permitir la segunda vuelta electoral, hasta conceder derechos de sufragio a los mexicanos que viven en el exterior–, de tal manera que el presidente que le suceda pueda generar un cambio político y económico real.

En un tiempo en que las instituciones democráticas están bajo asedio en muchos países de América Latina, la manera en que Fox maneje su *salida* de la presidencia podría ser casi tan importante como lo hizo en su arribo. El éxito podría medirse en si el ciclo electoral completo es conducido de manera tal que haga creer al mexicano promedio que, si participa activamente en la elección de sus líderes, será recompensado con más responsabilidad, rendición de cuentas y desempeño de sus líderes una vez que asuman el poder. Éstas son conductas extrañas en el hemisferio, lo que explica por qué la democracia es cada vez más impopular.

Fox tiene la oportunidad de cambiar eso, al menos en México, y dar así quizás al resto de América Latina unas lecciones sobre lo que realmente significa democracia. □